

EL MATRIMONIO A LA LUZ DE LA FE

1.—DIOS HABLA DE SI MISMO

Los filósofos han ido depurando el concepto de Dios, hasta alcanzar definiciones sublimes y una gama riquísima de atributos. Sin embargo, debido al método: de sublimación, de analogía y de negación, permanecemos aún a nivel antropomórfico —en cierto sentido, al menos—. ¿Cómo es Dios en realidad? Es indispensable buscar otra vía de acercamiento a Dios. Veamos qué dice El de Sí mismo.

Desde una zarza ardiendo llama a Moisés, y le ordena que vaya a sacar a su pueblo de Egipto. Al preguntarle Moisés qué dirá de El, qué definición dará de ese Dios que le envía, Yahvé le responde: “Yo soy el que soy” (Ex. 3, 14).

Dios es el que es, lo que significa: el absoluto, el necesario, el que no puede no ser, el que tiene consistencia en sí mismo, sin depender de nada ni de nadie, el que no puede no existir.

San Juan en su primera carta, inspirado por Dios, y reflexionando sobre la vida de Cristo y su doctrina, define a Dios así: “Dios es amor”, es decir, es benevolencia, es donación, es entrega, es renuncia a sí para darse; es volcarse, vaciarse. Y de ahí tomará la fuerza de su argumentación para exigirnos el amor, que es de Dios, a quien debemos imitar y seguir. Si le conocemos, si somos de Dios, tenemos que amar, porque el que no ama no es de Dios (1 Jo. 4, 8 ss.).

Estas definiciones de Dios, si bien se deben a la revelación positiva que El hace de sí mismo, sin embargo, eran en cierto modo asequibles a la razón humana. Pero en el Nuevo Testamento se nos hace una revelación de Dios totalmente insospechada por el hombre, y que es una novedad, incluso respecto al Antiguo Testamento. Dios es Trino: un solo Dios, pero tres Personas. Esta revelación es fundamental, y base de la fe del cristiano, y se le exige como condición para ingresar a la Iglesia. Sin Trinidad no hay Hijo, y no hay redención ni cristianismo; tampoco hay Espíritu Santo, que verifica la Encarnación, da vida y santifica a la Iglesia, continuando la obra del Hijo.

Si Dios se revela como Trino, si Dios es Trino, no puede no serlo. Guiados por esta iluminación de la revelación y de la fe, podemos reflexionar sobre estos datos antes insospechados. Y vemos que Dios no puede no ser trinitario.

Artículos

Si Dios es un ser infinitamente perfecto, tiene que conocer. Y Dios conoce, y conoce tan perfectamente, tan adecuadamente, que no deja nada de conocer. Se conoce a Sí mismo tan exhaustivamente que ese conocimiento es total, igual a Sí mismo, y lo expresa por el Verbo, que es plenamente igual a Sí mismo, es Dios, y no puede no serlo, y siendo el mismo Dios Único, es otro, es Persona, es el Hijo.

Si Dios es un ser infinitamente perfecto, tiene que amar. Y Dios ama, y ama tan perfectamente, tan plenamente, que no se reserva nada. Dios se ama a sí mismo, pues no puede menos de ello, por ser infinitamente amable. Se aman el Padre y el Hijo. Y ese amor es tan pleno, tan total, que no se reservan nada, que se dan plenamente. Tan plenamente, que esa donación es igual a ellos, es Dios, sin faltarle nada, sin poder no ser Dios. Es el mismo Dios que se da, pero es otro; es Persona, es el Espíritu Santo.

La riqueza, la infinitud, la bondad de Dios, no se agota en la Trinidad. Dios sale de sí, para darse, para enriquecer, para comunicar esa felicidad. La Sagrada Escritura, toda ella, nos habla de Dios que crea, de Dios que ama, de Dios que redime, y de Dios que salva.

2.—HOMBRE: "A IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS"

El libro del Génesis, habla de la creación del hombre, y pone en boca de Dios, que ya ha creado todas las cosas, estas palabras: "hagamos al hombre, a nuestra imagen y semejanza" (Gén. 1, 26-27).

¿En qué consiste esa imagen, esa semejanza de Dios? Se ha interpretado frecuentemente esa semejanza como una expresión de la espiritualidad del hombre, de su capacidad de conocer, de amar, de su libertad, de su racionalidad.

Si bien esto es cierto, me parece que no podemos limitarnos a esas similitudes, sino que debemos tratar de agotar la semejanza del hombre con Dios, de que nos habla la Sagrada Escritura, a la luz que ella misma nos da respecto a Dios y que acabamos de atisbar.

3.—EL MATRIMONIO: REALIZACION DE LA SEMEJANZA DE DIOS

Sin atreverme a decir que el matrimonio es la mejor realización de la semejanza de Dios de parte del hombre, juzgo que el matrimonio sí es una realización de esa semejanza. Más aún, debe serlo, y en tanto se realizará más como matrimonio en cuanto más se asemeje a Dios. La primera definición de Dios —"el que es"— tiene su analogía en las personas que contraen matrimonio. Debe ser entre personas, entre seres que tengan consistencia en sí mismos, madurez, personalidad. El matrimonio humano es entre personas, que actúan como personas. Se diferencia del ayuntamiento animal precisamente en eso. Y adquirirá mayor profundidad cuanto más persona sean.

San Juan define a Dios como "amor". El matrimonio también se puede definir por el amor, que lo constituye, lo anima y le da sentido. Si no hay amor no hay matrimonio. Podrá haber co-existencia. A medida que crece el amor, se enriquece el matrimonio. Un amor total, sin reservar nada, sin egoísmo alguno.

La mayor revelación de Dios es la Trinidad. El matrimonio es una imitación —a su modo— de la vida trinitaria. Entre los esposos debe haber un conocimiento total, pleno, del otro; sin restricción alguna, sin ocultamientos, sin escondrijos, hasta lo más íntimo, expresado en la donación sexual, a la que la Sagrada Escritura la llama “conocer”. De ese conocimiento mutuo, pleno, delicado, que se entrega, surge el amor total, de donación sin reservas, expresado también en la donación sexual mutua, en la que se entregan, no los cuerpos, sino las personas enteras.

Si la Trinidad no se agota en sí misma, tampoco el matrimonio, que saldrá también de sí a los demás, a los hijos, a la familia, a la sociedad, en una necesidad de crear, de darse, de amar, de redimir, de salvar y de hacer felices a los demás.

4.—EL MATRIMONIO: UN PROCESO

El matrimonio cristiano se diferencia de los otros sacramentos en que es un sacramento estable, mientras que los demás sólo duran mientras se administran. El matrimonio es un proceso. Esa perfección de que hablamos no se adquiere desde el principio, en un momento. Es un largo proceso de maduración, de imitación cada vez mayor de la Trinidad. Tan largo que comprende toda la vida. Tiene que avanzar, desde la primera expresión: sentimental, romántica, individualista, y en la que la donación sexual tiene una importancia primordial, a una madurez progresiva, por la integración de la persona y por la integración del matrimonio. El conocimiento mutuo se va profundizando, hasta detectar los mínimos detalles, los gustos, las debilidades, para crecer en delicadeza, para completarse, enriquecerse y perfeccionarse. El amor irá siendo cada vez más personal, más total, más integral, renunciando a cualquier individualismo egoísta, ganando en delicadeza y plenitud.

Este proceso les llevará a ser más personas, más hombres, en cuanto imitadores e imágenes de Dios, más redentoras, más salvadoras.

5.—TEOLOGIA DEL MATRIMONIO Y DEL CELIBATO (O VIRGINIDAD) CRISTIANO

Aunque parecen dispares, los voy a presentar juntos, pues desde el punto de vista cristiano no se comprende cabalmente el matrimonio sin hacer referencia a la vida celibataria, como no se comprende la vida celibataria sin hacer referencia al matrimonio.

a) **Son caminos paralelos y complementarios**

El matrimonio y la virginidad cristiana, son los dos modos ordinarios de realización de la vida humana, que es sexual. El libro del Génesis nos dice que Dios hizo al hombre sexuado “macho y hembra” (Gén. 1, 27). La sexualidad es un elemento integrante de la personalidad, y especificativo de la misma.

El hombre es un ser sexuado, porque así lo hizo Dios. Y no puede dejar de serlo, si es hombre. El varón será hombre, persona, si se realiza como hombre, mejor dicho, como varón. La mujer será hombre, persona, si se realiza como mujer. No pueden renunciar ni alterar su sexualidad. El hombre no puede renunciar al uso de su sexualidad que es parte integrante de su persona. El hombre puede renunciar al uso de su genitalidad, que es

Artículos

parte de su sexualidad. Por eso, el matrimonio y la virginidad, son dos caminos paralelos de la realización de la persona, y de su sexualidad, el uno haciendo uso de su genitalidad, y el otro renunciando a ese uso; ambos para buscar una integración de la persona.

A la vez son dos caminos complementarios, ya que están mirando el uno al otro, pues cada uno tiene algo que aprender del otro, desde el punto de vista de realización de la persona, y desde el punto de vista de realización cristiana y de imitación divina.

El matrimonio por sí solo no agota la realidad sexual humana, es decir, la relación entre Dios y el hombre, que se manifiesta también en otro contexto de intimidad y donación y entrega; ni agota el significado histórico en Cristo, que se entrega a la humanidad en otra forma de donación.

Pero la virginidad tampoco agota la realidad sexual humana, al renunciar a una donación plena de persona a persona.

Los dos juntos, pues, pueden decir la palabra más rica, realizar a plenitud la realidad sexual humana en todos sus aspectos. El matrimonio es la realidad sacramental humana: el "Dios con nosotros"; mientras que la virginidad apunta hacia el mundo futuro: el "pero todavía no" de la presencia de Dios, del Dios con nosotros. Juntos simbolizan la riqueza y plenitud de Dios, la donación de Dios al hombre.

La sexualidad es un lenguaje, una comunicación, una relación, una búsqueda de relaciones objetales. El libro del Génesis nos dice que el hombre se sentía solo, y no encontraba nada semejante a él en toda la creación, no se sentía satisfecho, feliz. Y dijo Dios "no es bueno que el hombre esté solo", y por eso le infundió un sueño, y formó a la mujer de una de sus costillas. Al verla, el hombre dijo "Esta sí es carne de mi carne, y hueso de mis huesos, por eso se llamará varona, y por eso el hombre dejará a su padre y a su madre, para unirse a su mujer, y formar los dos una sola carne" —en el sentido veterotestamentario de carne, es decir, persona— (Gén. 2, 18-25).

La sexualidad es, además, la expresión de la donación de Dios, compartida con otros. Por eso en la primitiva Iglesia se simboliza por el ágape: convivencia, comida y Eucaristía (Hechos de los Apóstoles).

El hombre busca siempre la salida de la soledad, debido a su sexualidad. Esa salida la realizará, o por el matrimonio, o en la vocación de amor, por la donación a Dios y a los demás, como Cristo, como los celibataros.

Pero tiene que ser una verdadera salida de la soledad, aun cuando se retire físicamente de los hombres, pues "no es bueno que el hombre esté solo", pues el hombre no sufre el estar solo.

El Reino de Dios se hace presente para algunos, por la vivencia cristiana (N. T.), y el matrimonio se sacramentaliza, para expresar esa presencia y donación de Dios, o se seculariza —la antigua concepción del matrimonio, por su nuevo significado trascendente—. Pero el Reino de Dios también se da ya incoado en la comunidad, por lo que el cristiano no necesita de la mujer —o del marido—, para salir de su soledad, ya que está, con sus hermanos, ubicado en el mundo, en comunión.

Las dos posibilidades de realización humana —matrimonio y virginidad— son carismas, es decir, dones gratuitos de Dios a los hombres, a las personas; pero siempre, como dice San Pablo, para el servicio de la comunidad (Mat. 19; 1 Cor. 7, 7: para entender mejor este texto, cfr. González Ruiz, DOC 143, 17ª **Semana Bíblica Española, 1958, 275-281**).

Ambas posibilidades son también esponsales: si la mujer es el complemento del hombre, y viceversa (Gén. 2, 18-25), Cristo y la Iglesia son complemento de la persona celibataria, y viceversa, por la donación y entrega plena, que requieren cualidades similares de renuncia y donación (Parábolas y textos del N.T.: Mc. 8, 35; 10, 28; matrimonio disminuido: Lc. 20; Mt. 22; Mc. 12; Mt. 10, 37 y ss.; 19; Lc. 9, 57 y ss.).

De las reflexiones anteriores se desprende cuál ha de ser la pedagogía cristiana del matrimonio y la virginidad. El matrimonio, en efecto, es, y debe manifestar, la realización de lo espiritual en la vida encarnada actual, no futura, simbolizando al Cristo histórico encarnado para significar algo trascendente. La virginidad añade otro aspecto, que lo complementa: nos indica que el matrimonio significa otro matrimonio, trascendente, de relativización escatológica, definitivo, donde ya no habrá este tipo terreno de matrimonio, ni se tomará mujer o marido, sino que todos serán semejantes a los ángeles, hijos de Dios, por ser hijos de la resurrección (Lc. 20, 17 y ss.).

Ambos caminos son realizaciones de una común vocación del hombre al amor, como consecuencia de que Dios es amor (1 Jo. 4), de un amor humano y salvador, a semejanza del amor de Dios. El matrimonio señala la misión de Emmanuel: Dios, que por amor a los hombres se encarna y viene a salvarnos y a convivir con nosotros, para elevarnos al amor de Dios y de los hombres (1 Jo. 4). Mientras que la virginidad señala el aspecto trascendente: Dios, que es distinto de los hombres, a pesar de tener apariencia humana, y con derecho sobre el hombre; y esto debe manifestarlo el casado y el celibatario a través de gestos humanos, encarnados, al igual que Dios, que lo manifiesta en Cristo.

Toda libertad se ejercita por un acto de elección, pero toda elección implica, a la vez, una renuncia a otras posibilidades. Al escoger libremente el matrimonio, con plena conciencia y responsabilidad, se elige esa manifestación de lo encarnado y lo concreto, para lo que se tiene mayor libertad. Pero esa preocupación inherente por lo material, que conlleva el matrimonio, si se lo quiere vivir a cabalidad, implica un mayor abandono, o descuido, por lo netamente espiritual, desde el punto de vista humano (1 Cor. 7). En cambio, la virginidad, al disponer de una mayor libertad para lo sobrenatural, corre el riesgo de desarraigarse de lo material, de desencarnarse; por lo que exige un compromiso total con lo humano, para significar a Cristo encarnado.

Por último, si el matrimonio es un sacramento, y un sacramento permanente, es un signo, que anuncia una realidad (Liturgia de la Misa matrimonial; Ef. 5, 22 y ss.), a la vez que encierra un contenido sobrenatural que ayude a vivir esa realidad que significa: la unión con Dios y con los hombres, significada en la unión de Cristo y la Iglesia. Por su parte, la virginidad pretende hacer suya, llevar a la vivencia concreta, la realidad trascendente y escatológica que el matrimonio significa.

b) Tienen espiritualidades semejantes

El matrimonio simboliza la unión de Cristo y la Iglesia (Ef. 5, 22 y ss.; Liturgia del matrimonio): una unión total, plena, delicada, sin reservas de ningún género, de donación mutua, de sacrificio.

Esta unión está simbolizada en el matrimonio por la unión en una sola carne. Es decir, según el lenguaje bíblico, por la unión de personas, por la coexistencia, por la convivencia entre personas, por la paz, el amor, la en-

Artículos

trega, la delicadeza, sin el menor rastro de egoísmo. Exige, pues, una delicadeza creciente en el amor, y un crecimiento constante en todos sus aspectos.

El celibato, por su parte, constituye la unión entre Cristo y la Iglesia con el célibe, que se da a ellos en plenitud, y sin reservas. Exige, pues, también, una delicadeza creciente en el amor, y un crecimiento en todos sus aspectos, simbolizado y vivenciado en la Eucaristía.

En el matrimonio se producen las crisis cuando la delicadeza del amor entra en crisis, cuando no se avanza, cuando no se progresa, cuando se detiene el proceso, o retrocede. Será la rutina, el enfriamiento, el aburrimiento, la rudeza, el descontento, el ver defectos —pero no para corregirlos y ayudar a eliminarlos, o comprenderlos—, en una palabra, el egoísmo.

Pero todo esto es imposible si se va madurando, si se va creciendo en la personalidad y en el amor, en la imitación de Dios. Cada momento debería ser una novedad, un descubrimiento, una ilusión común.

En cambio, se produce una actitud hostil, e incluso la agresión, que es la frustración de un impulso positivo, y de relación objetiva. Y se buscan sucedáneos, por la soledad que el hombre siente, y que no puede soportar.

Asimismo en la virginidad —a no ser que se deba a circunstancias patológicas de enfermedades neuróticas, o a circunstancias sociales de soledad— las crisis se deben al enfriamiento del amor y de su delicadeza. Esto lleva también a sentimientos de soledad, o de frustración, o de falta de ubicación en el mundo y en la realidad. De igual modo, se buscan sucedáneos, para salir de esa soledad en que se encuentra. El problema se origina en la falta de profundidad en el amor y en la presencia de Cristo, que tiene que estar expresada por un interés muy concreto y personal en el Cristo concreto y personal, y en la Iglesia concreta.

BIBLIOGRAFIA

- “Pedagogía Sexual”, de Leopoldo Prohaska, Ed. Herder, Barcelona, 1963.
“Sacerdote y Celibato”, de Juan de Castro. II Seminario Sacerdotal de ILADES, Santiago de Chile, 1969.